

SIETE VIDAS EN LA MONTAÑA RUSA

ANDREA

Leonardo Haberkorn



Andrea¹ fue Cenicienta. También fue esclava, fugitiva, pobre, empresaria narco, rica, insomne y presidiaria. Hubo épocas en que ganaba una fortuna cada día y otras en las que no tenía nada. Ha conocido el amor y también le clavaron una tijera en la espalda.

Su infancia tuvo dos mitades: una feliz pese a todo y otra peor que triste. Todo ha sido así en sus 30 años de vida, una montaña rusa de emociones.

Su madre era meretriz, que es la palabra que Andrea elige para definir su oficio. Vivían en una pensión. De noche, ella se quedaba sola. Cuando su madre se iba a trabajar una temporada a Italia junto con su padrastro, a ella la dejaban en casa de unos familiares en Malvín. Nunca conoció a su verdadero padre.

Fue la etapa feliz de su infancia. “De mi madre recuerdo cuando salíamos a caminar a la feria, cuando íbamos a pasear a balnearios como Solymar o a El Pinar. Fue poco, pero tengo lindos recuerdos”, cuenta Andrea en la esquina de Carreras Nacionales y General Flores, a una cuadra de la escuela pública donde acaba de dejar a sus hijas.

Pero esos días felices terminaron cuando su madre falleció de cáncer. Andrea tenía solo 10 años.

La niña quedó a cargo de su padrastro, que pronto se la dejó a su madre y se olvidó de ella.

El padrastro de Andrea murió hace años, pero la madre de él —aquella mujer a la que la niña fue entregada— todavía vive y hace lo mismo que hacía entonces: ser dueña de una pensión en la Ciudad Vieja. Se llama Rita.

1 Su nombre y el de sus familiares fueron cambiados para preservar su identidad.

“Hasta los 15 años me crié con ella en esa pensión”, recuerda Andrea.

Fue la etapa triste de su infancia. Su padrastro pronto desapareció del mapa y la señora Rita tomó a Andrea como Cenicienta: le daba cama y comida a cambio de trabajar todo el día: barrer, limpiar cualquiera de las 18 habitaciones que quedara libre, baldear el pasillo, pintar las paredes, hacer tareas de albañilería, lo tenía que hacer todo.

“Era como una esclava. Todo lo que puede hacer un obrero lo hacía yo, con 11 o 12 años. Así tenía que ganarme el plato de comida.”

Tenía 12 años cuando su padrastro la llevó a trabajar a un hotel en la esquina de Colón y 25 de Mayo. Allí hacía de recepcionista y limpiadora. Pero una vez un borracho entró y rompió todos los vidrios y su padrastro decidió regresarla otra vez a la pensión de su madre. Andrea volvió a ser Cenicienta.

Odiaba aquella vida.

“Me iba a las ocho de la mañana para la escuela y volvía a la una de la tarde. Y desde esa hora en adelante, todo el resto del día lo pasaba recibiendo órdenes y haciendo lo que se necesitara: pintar, revocar...”

Andrea cruza sus manos tatuadas mientras habla. Tiene 17 tatuajes. Algunos hechos para tapar otros que le dejaron de gustar y uno para ocultar unos cortes que se hizo en la cárcel. Sobre un labio se tatuó tres pequeños puntos, como lunares, para disimular una cicatriz. Es de estatura media tirando a alta, menuda pero no frágil, cara redonda, mejillas altas, nariz pequeña y algo achatada, los ojos levemente achinados. Lleva el pelo lacio y negro peinado con cerquillo. Habla de la madre de su padrastro, la mujer que la esclavizaba.

“Ella no me quería. Siempre me decía: ‘El plato de comida te lo tenés que ganar’. Y la manera de ganármelo era cumpliendo sus órdenes”.

En aquellos años, en aquella pensión, escuchando los mandatos sin fin de la señora Rita, desarrolló una aversión explosiva a recibir órdenes.

Rita sigue allí. Es bajita, de pelo blanco, podría pasar por una buena abuelita, pero el nerviosismo la delata cuando le pregunto por Andrea.

“Ella me traicionó. Yo le di todo”, dice al comienzo. Pero luego se le escapa: “Ella no era como mis hijos, yo la hacía trabajar”.

A los 15 años Andrea solo pensaba en escaparse. A los 16 conoció a Milton, se enamoró y le avisó a la señora Rita que se iba. Y se fue. La dueña de la pensión la fue a buscar con la policía.

“Fuimos a la Seccional Primera. Yo expliqué que no podía seguir viviendo como una esclava. Además ella no era nada mío: no era mi tutora, no tenía ningún papel, no había nada que justificara que era mi responsable. Entonces quedé por esa. Yo nunca más me molesté en saber de ella, y ella nunca más se preocupó por mí.”

Rita me dice que hace años que no tiene noticias de Andrea, que fue una desagradecida. Cuando comienzo a preguntar qué tareas hacía la niña en la pensión, un hijo cincuentón que acaba de llegar de Italia me dice que me vaya.

Andrea y Milton comenzaron a convivir. No fue fácil. Acostumbrada a trabajar de sol a sol, Andrea le imprimía a las cosas un vértigo que iba contra el carácter calmo de su novio. “Era muy bravo estar con ella. Estaba todo el día en movimiento. Pero nos fuimos adaptando”, cuenta él. “Era muy compañera y pasara lo que pasara, ella siempre estaba.”

Andrea tenía 18 años cuando tuvo a Deborah, la primera hija de la pareja, que hoy tiene 12. Eran padres jóvenes y primerizos. En los primeros días Milton le ponía de modo obsesivo un espejito debajo de la nariz a la niña a cada rato, para

asegurarse de que respiraba bien. Hoy tienen cuatro hijos y se ríen de aquellas primeras horas de felicidad y nervios.

Era el año 2006 y la vida no era fácil. A Milton lo habían despedido de la empresa donde trabajaba en medio de una reducción de personal. Andrea cuidaba a la bebé y tampoco tenía empleo. Vivían en un conventillo en la Ciudad Vieja, cerca del puerto. Allí habitaban muchas familias y también había dos bocas de pasta base. Milton consiguió trabajo como security en un boliche, pero al tiempo también quedó sin ese empleo. Todo se complicó. Habían tenido otra hija, Tatiana, que hoy tiene 9 años. No tenían ingresos. Buscaban trabajo, pero no conseguían. Vivían de vender sus pocas pertenencias.

“Yo salía a caminar y le ofrecía a los taxistas un pantalón, una campera...”, recuerda Milton. “Pasábamos necesidades, andábamos con lo justo. El plato de comida, la leche y los pañales para las niñas siempre los teníamos. Pero las veíamos comer y nos preguntábamos si al día siguiente tendríamos qué darles.”

Cada día era una batalla por sobrevivir. Milton empezó a vender películas pirateadas, con una mesita y dos caballetes que instalaba en la vereda.

Cuando llegó la tercera niña, Pamela, que hoy tiene siete años, Andrea dijo basta. Basta de penar por un plato de fideos, basta de comprar los pañales de a uno, basta de tener la heladera vacía y ni un peso partido al medio.

Llevaba años viendo la cantidad de dinero que entraba cada día en las bocas del conventillo.

Milton le dijo que no, que eso no estaba bien y que terminarían presos. Pero cuando Andrea se determina, es difícil frenarla. “Fue un impulso, no lo pensé”, dice hoy, sentada en su casa del barrio Casavalle, un parrillero al que con trabajo y esfuerzo le han ido agregando habitaciones, a pocas cuerdas de los lugares que todos los días salen en la crónica roja. Entonces siguiendo aquel arrebato de Andrea, vendieron todo lo

que tenían, incluyendo los caballetes, la mesita y las películas. Con eso compraron las primeras lágrimas de pasta base.

Noches de insomnio

La vida de Andrea y Milton dio un giro de 180 grados. La clientela se la hicieron fácil, hablando directamente con “los latas”, sacándole compradores a otras bocas, ofreciendo cantidad y calidad, aunque sin rebajar el precio. Al principio Andrea se lo planteó como un recurso provisorio para salir de apuros. “Es por un tiempo”. “Es solo hasta que levante”, se decía a sí misma y le decía a Milton. Pero todo creció muy rápido y se le fue de las manos.

“Cuando me quise acordar ya vendía una cantidad importante, cuatro o cinco pilas por noche. Cada pila tiene diez gramos de pasta base.”

Cada noche Andrea hacía 20.000 pesos, más de lo que Milton podía sacar en un todo un mes trabajando, si es que conseguía empleo. ¡Cada noche! ¡20.000 pesos 365 veces al año!

La montaña rusa que ha sido la vida de Andrea pegó en este tramo una acelerada vertiginosa.

“Al principio fue una gran solución, porque ya no tuvimos que preocuparnos de si al otro día tendríamos comida”, recuerda Milton. “Pero empezamos a tener otras preocupaciones peores.”

Milton nunca dejó de decirle a Andrea que aquello no iba a terminar bien. Pero el dinero que entraba cada noche, y el recuerdo tan cercano de la miseria, siempre inclinaban la discusión para el lado de ella.

“Me envié mucho”, relata Andrea. “No con la droga, que nunca me dio tentación, ni la consumí. Me envié con la plata. Quería siempre más.”

Se habían mudado a la Aguada. Como no podían deposi-

tar el dinero que ganaban en un banco, lo escondían en la propia casa, en un escondrijo disimulado debajo de unas baldosas. Tenían mucho miedo a que los robaran. De que les coparan la boca. De los narcos de la Ciudad Vieja a los que les habían quitado la clientela. De la policía también, aunque menos.

Andrea, que en materia de estudios solo terminó la escuela, creció en el negocio y llegó a tener tres personas que vendían droga para ella. Eso era lo bueno. Lo malo era el miedo, un pavor tan grande que no los dejaba dormir de noche. “Teníamos muchos enemigos”, recuerda Andrea. “Habíamos avanzado muy rápido y teníamos mucha gente en contra por haberles sacado clientes. No podíamos descuidarnos ni un minuto. Es gente a la que no le interesa si tenés a tu hijo al lado o estás solo.”

Milton sentía que sus malos presentimientos se estaban haciendo realidad. “Pasábamos constantemente a la expectativa de todo, no confiábamos en nadie... no me gustaba.” Además, Andrea cada día se tornaba más ambiciosa y avara. El dinero se había transformado en una obsesión alimentada por las privaciones de tantos años.

“Tenía que tener más y más plata, siempre quería más”, recuerda ella. “Hoy me doy cuenta de que la gastaba en porquerías. Mis hijas tenían dos pares de champions nuevos, sin uso, y yo ya les compraba otro. Y tenían que ser Nike o Nike. La ropa siempre de marca. Los juguetes más caros. Me pedían y yo compraba.”

Gastaban mucho y también podían ahorrar. Llevaban cinco años vendiendo droga y empezaron a pensar en cumplir el sueño inalcanzable de comprarse su propia casa.

“Compramos y dejamos”, decía Milton, que nunca había dejado de insistir en salirse de aquel camino.

Al fin, entregaron una seña de 180.000 pesos por una vivienda en La Teja. Más o menos cuando nació Brian, el cuarto

hijo de la pareja y el primer varón, Andrea firmó un compromiso de compra-venta. El saldo se debía pagar a lo largo de un año en 12 cuotas de 14.000 pesos. Andrea iba a un Abitab y giraba ese dinero cada mes. Pero llegó a pagar solo dos cuotas. Porque, justo en esos días de 2013, patearon la puerta, la policía irrumpió a los gritos, dieron vuelta todo y los llevaron detenidos.

La bajada más dura de la montaña rusa.

Ilusión recuperada

El allanamiento fue terrible y se grabó para siempre en la memoria de la pareja y de Deborah, la mayor de las niñas, con capacidad para entender lo que había ocurrido.

Tener “empleados” había sido la perdición de Andrea: uno de ellos había caído y lo había contado todo.

Los dos estuvieron un par de días detenidos, también una prima de Milton que era una de las personas que vendía para Andrea.

Milton quedó libre, pero ella fue procesada y enviada a la cárcel. Al principio no se dio mucha cuenta de lo que estaba ocurriendo. Creyó que todo pasaría pronto, que en poco tiempo sería libre otra vez.

Pero le dieron más de dos años. Nunca antes había estado separada de sus hijos. El golpe fue mucho más duro que lo que había podido imaginar.

Luego de una semana dejaron que Brian, que era un bebé, estuviera con ella en la cárcel. Milton, además de sus tres hijas, debió asumir el cuidado de dos hijos de su prima, que también fue encarcelada. Quedó solo, sin trabajo y con cinco niños a su cargo.

La casa señada, la perdieron. El dinero de la seña, también. Los sueños se derrumbaron. La pareja fue puesta a prueba: cada uno vivió su propia odisea.

Andrea cayó en un pozo. Sentía rabia y mucho resentimiento. La cárcel, donde todo son órdenes, le traía a la memoria los tiempos oscuros de Cenicienta. No aceptaba ordenes de las policías ni de otras presas. Cualquier cosa que le dijera una guardia le servía para mandarla a la puta que la parió. Vivía sancionada. Después de pelear con otra presa y de lesionar a una policía, la trasladaron a la cárcel de Maldonado. Allí se hizo cortes en un brazo. En una pelea, otra presa le clavó una tijera en la espalda.

“Yo estaba enojada, siempre, siempre, durante mucho tiempo. Estaba enojada con la vida, conmigo, con todo el mundo. Más de un año estuve así, siempre a la defensiva. Cualquier cosita que me dijeran a mí o a mi hijo, ya saltaba. Estaba muy sacada y pasaba sancionada. Me las agarraba con las policías, las insultaba todo el tiempo. Venían a las siete de la mañana a hacer el conteo y me golpeaban apenas la puerta y yo ya andaba a las puteadas. Me peleaba a las piñas con otras presas. Me llegaron a decir que una pelea más y me sacaban a Brian.”

Milton, mientras tanto, estaba a cargo de cinco niños y sin trabajo. “Tuve que empezar de cero. Se me acumulaban las cuentas de la luz y el agua. Por suerte conseguí otra vez trabajo en un boliche y mi madre me ayudó a cuidar a las nenas. Y ahí empezamos a salir.”

A veces tenía plata para ayudar a Andrea y llevarle un paquete a la cárcel, pero no siempre, porque con tantos niños tenía muchos gastos. Pero lo más duro era que las niñas le reclamaban ver a su madre, y él también quería ver a Brian, pero Andrea muchas veces estaba sancionada sin vistas. Y otras veces no estaba de humor y no aceptaba recibirlos. Discutían mucho por teléfono: Milton le decía que las nenas querían verla y ella les respondía que no, que no fueran.

“Hubo una época en que era muy difícil hablar con ella”,

recuerda Milton. “Yo trataba de entenderla, pensaba que si para mí las cosas eran difíciles, mucho más lo eran para ella. Pero era muy difícil explicarles a mis hijas que no iban a tener la visita con la madre. Entonces, a mi manera, yo también me enojaba un poco.”

Al principio, las visitas de la gente de El Abrojo en la cárcel la irritaban a Andrea casi tanto como las policías: “Pasaban por mi pieza y golpeaban; vamos Andrea al taller, y yo los sacaba chatos. Que no voy nada, que déjenme en paz sola, que no molesto nadie acá.”

A veces iba a algunas actividades pero se quedaba callada, como si en verdad no estuviera allí.

Jesús Cantera, de El Abrojo, la recuerda con la mirada baja y perdida, callada, reticente a participar de cualquier forma. Si se la presionaba para que dijera algo, se levantaba y se iba sin dar explicaciones.

El clic, que al principio fue pequeño, lo hizo con un programa destinado a darle una merienda rica y saludable a todos los niños que vivían en la cárcel junto a sus madres. Brian ya tenía tres años y hacer algo por él, le dio la motivación suficiente para romper la coraza de rabia que la estaba anulando.

“Me sumé al proyecto. Nos enseñaron cómo hacer una entrevista para pedir meriendas para los niños. Me sirvió para abrirme. En el grupo había presas con las que no me llevaba, pero como era algo que hacíamos para los niños, en esos momentos el enojo como que se me iba.”

La montaña rusa dio un nuevo giro: Andrea volvió a pensar en el futuro, recobró la ilusión, dejó de pelear con todo el mundo y se casó con Milton en la cárcel vestida de blanco.

Regreso

Recuperó la libertad en 2016.

Le pregunté si la cárcel sirve para algo y su primera respuesta fue un categórico “No”.

Después pensó unos segundos y agregó: “A mí me sirvió como experiencia, porque hoy no volvería a hacer lo que hice antes, para no tener que volver ahí”.

Y no es que no lo haya pensado. La alegría de la libertad, del reencuentro, de estar con sus hijas fue grande, pero las dificultades con las que se topó al salir de prisión fueron enormes.

Su relación con sus dos hijas mayores no era sencilla. El allanamiento. Los años de traumática separación. Las visitas negadas. El tiempo perdido. La relación no era igual que antes y Andrea sufría.

Y el dinero. Otra vez. La miseria mordiéndoles los talones.

“La plata no nos daba para nada, como antes. Teníamos seis niños, porque nuestras dos sobrinas seguían con nosotros. Yo buscaba trabajo, pero en todos lados me pedían el carnet de buena conducta y, como sale que estuve presa, nadie me llamaba. Todas las puertas se me cerraban.”

Un mes, dos meses, tres, cuatro. Un rechazo detrás de otro. En la desesperación, más de una vez le dijo a Milton que podían volver a vender pasta base. Esta vez su esposo se mantuvo firme: no, nunca más. Ni siquiera aceptó reclamar el dinero entregado por la casa que al final no pudieron comprar. “Era plata mal ganada, preferí darla por perdida.”

En enero de 2017, después de casi cinco meses de búsqueda, Andrea consiguió empleo en una empresa de limpieza. Ganaba unos 15.000 pesos por mes. Menos de lo que antes sacaba en una noche.

Pero ahí hizo otro clic: no todo tiene que ser Nike en la vida. Su sueldo más el de Milton daban para mantener el hogar funcionando. Sin que sobre nada, pero también sin miedo, sin angustia y sin insomnio. Y con un extra que hasta ese momento no había conocido: el orgullo de trabajar, de hacer

lo correcto, de batallar cada día contra todo por sacar a sus hijos adelante.

Entraba a trabajar a las seis de la mañana, así que salía de su casa a las cuatro y media de la madrugada. Un sacrificio que mantiene hasta hoy.

“La verdad es que me rompo toda, todos los días. Pero duermo tranquila, sé que no van a venir a buscarme, que no me van a patear la puerta otra vez. Deborah no se olvida más de la noche del allanamiento. Y fui yo la que le marqué eso para toda la vida.”

—¿No te lo perdonás?

—No sé. Es difícil.

Andrea ya no trabaja en una empresa de limpieza sino cuidando a una persona enferma de cáncer. Le gusta más. Se siente útil. Tuvo que decir que no tenía antecedentes penales para poder conseguir ese empleo. También empezó un curso de peluquería.

“Me da orgullo trabajar, claro que sí. Me siento un ejemplo. Porque muchas salen de la cárcel y vuelven a la misma. A veces porque ya no saben hacer otra cosa que delinquir. Yo no. Yo salí, me puse las pilas, salí a buscar laburo y conseguí. Duermo tranquila, mis hijos no andan con ropa ni con championes de marca, pero siempre andan prolijos.”

Son niños educados que saludan a la visita y juegan en silencio para no molestar mientras su madre es entrevistada. Deborah, la mayor, se acerca a la mesa donde los adultos conversan. En una niña tímida de sonrisa grande. Dice que su madre es buena, pero de carácter explosivo. “Histérica”, la corrige Andrea y todos se matan de risa.

Milton agrega que el carácter de su esposa está muy cambiado y para bien. “Ella salió de la cárcel mucho mejor, más luchadora, comprendió muchas cosas que antes no entendía, que la plata fácil da muchos dolores de cabeza. Hoy se levanta

todos los días de madrugada, pero sabe que siempre va a estar con sus hijos.”

Andrea asiente. “Antes pasaba alguien y me pechaba en la calle y yo ya estaba a las puteadas. Hoy me pechan y no pasa nada. Era una polvorita, sentía que cualquier cosa que me decía una persona era porque quería mandarme, y yo tenía que hacer saber que a mí no me iban a mandar o a pisotear más.”

Era el estigma de la época de Cenicienta, de esclava en la Ciudad Vieja.

Le cuento que estuve en la pensión, que vi a la señora Rita, que mi visita a aquella anciana en ese albergue oscuro y frío me dejó una mala sensación. La maldad helaba el ambiente.

Andrea asiente. Me lo había advertido.

Le pregunto cómo se imagina dentro de diez años.

“Que mis hijos sigan los estudios y que nunca más nos quedamos sin trabajo. Que las cosas sigan así y podamos seguir progresando para darle el mejor futuro de nuestros hijos, que hoy es lo único que me preocupa.”

Salgo a la calle y pienso que ojalá tengan mucha suerte.